

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL
EXCMO. SR. DON JOSÉ G. LADRÓN DE GUEVARA

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA
COMO ACADÉMICO SUPERNUMERARIO
ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
EL DÍA 7 DE FEBRERO DE 2005

GRANADA

MMV

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
academiabuenasletrasgranada@hotmail.com
Imprime: La Gráfica S.C.And. - Granada
Depósito Legal: Gr- 136/2005
I.S.B.N.: 84-933672-3-0

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. DON JOSÉ G. LADRÓN DE GUEVARA

Poemas inéditos transpapelados

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras y Señores:

ME ha parecido oportuno, y conveniente, a la hora de esta despedida, cuando obligados por el tiempo y el reglamento de nuestra Academia de Buenas Letras, pasamos, ya como supernumerarios, a la antesala de lo que venga después, que ya se verá, dedicarles una breve lectura de algunos poemas inéditos, traspapelados a lo largo de los años, supervivientes de todos los naufragios sentimentales, con la única intención, por mi parte, de manifestarles que yo siempre he considerado la poesía como lo más importante y serio de mi actividad literaria, y la única razón, simultánea a la venturanza de poder enamorarnos con todas sus consecuencias, para vivir apasionadamente lo que dure nuestro paso por el mundo.

También quiero decirles que si alguien, alguna vez, pretendiera conocerme por dentro, profundamente, movido por la curiosidad, y no más, de saber quién fui yo, de verdad, entre mis variables apariencias, sepa que solamente se lo dirán mis poemas, malos o buenos pero siempre sinceros, porque en ellos estoy, y desde ellos os hablará el que fui, cuando ya no lo sea.

Hoy, y para agradecerles su afectuosa compañía, en este inevitable trance de pasar por el puente desde lo uno a lo otro, o sea desde el misterio a la nada, yo les dedico un ramillete de versos, rescatados del olvido, donde espero que ustedes encuentren, si lo buscan, algo de mi dolorido sentir, que también fue felicidad, y grande, muchas veces. Lo que significó mi vida, en suma total y definitiva.

Con el corazón en la mano, muchas gracias por atenderme.

CERTIDUMBRE DEL MAR

LA evidencia del mar no es la marea
ni el asalto continuo de las olas.
Fue la nave de Ulises, navegante,
trazando el horizonte, reduciendo
las distancias del mundo a singladuras,
arribadas, anclajes, cabotajes.
Fue Alfonsina, flotando a la deriva
como un buque fantasma entre la niebla.
Magallanes, que zarpa y no regresa.
El terco y valeroso violinista
del “Titanic”, tocando hasta el acceso
del agua al interior de su instrumento.
Porque el mar se inaugura con la muerte
del primer marinero que naufraga,
y aparece en la orilla, ya sin barco,
a bordo de la espuma que lo lleva.
El mar no existiría sin los hombres
que surcaron su anchura, prolongando
los caminos más largos de la tierra.
Aquellos que descubren continentes,
las ínsulas desiertas, litorales
que alguien, luego, dibujará en los mapas.
El mar, sin los bañistas del verano,
sin marinos fumándose un amor
encontrado y perdido en cada puerto,
sin batallas navales, ni piratas
jugándose la vida al abordaje,
sin artistas pintando a la acuarela

los veleros al paio de la brisa,
el faro del insomnio luminoso
y el buzo que desciende hacia lo oscuro,
no sería posible descifrarlo,
descubrir sus tesoros sumergidos,
fotografiar su furia, su paciencia,
sus repentinos cambios de colores.
Calcular los milenios de su historia,
desde aquel fogonazo que alumbrara
el vaivén de su hermosa certidumbre,
la terrible emoción de su presencia.
Su nocturna estrategia. El misterioso
principio de la vida. Y lo que somos.

REGRESO DE ULISES A ITACA

EL silencio amordaza las palabras
pero abre, a los ojos, un espacio
donde encuentran las manos lo que buscan
y el corazón reanuda su camino.
Te lo digo sin voz, callando, mudo,
cuando vuelvo del mar de mis naufragios,
desarbolado al viento de los años,
y tu nombre es el faro que me orienta
siendo noche cerrada y sin estrellas.
Sin hablarte, pues sobran las palabras,
como aquel que se aferra a un salvavidas,
me adentro en la espesura de tu cuerpo,
tanteando, despacio, sus contornos,
respirando el latido de tu sangre
y apagando mi sed en la llovizna
que atraviesa tu piel. Y es un aroma.
No me cierres la puerta, las ventanas
del abrazo que enmarca tu presencia.
El puerto donde vengo a refugiarme
y anclando la memoria en el olvido
navegar por los mares del silencio
que amordaza mi voz cuando te digo
que me quiero quedar, solo, en tus manos.
Porque vuelvo al principio, azul, del mundo.
Y esta viva alegría de sentirme
ser el hombre que nunca fui. Contigo.

A TRAVÉS DE TU CUERPO

A través de tu cuerpo, si me acoges,
buscaré una salida a tanto tiempo,
tanta vida embalsada en mi memoria;
desde el niño que fui, sin conocerlo,
hasta el hombre que dice ser quien soy.

Me adentraré en lo oscuro del espejo
donde guardas tus años olvidados,
tu infancia jardinera, la ventana
por la que entraba el gato de la luna,
cuando el aire rozaba tu hermosura
y un silencio de estrellas te envolvía
como un soplo cargado de jazmines.

Buscaré una salida. Por si encuentro,
a través de tu cuerpo, los caminos
que me lleven al reino donde nadie
se pierde sin remedio y para siempre.

Porque estamos a salvo de los dioses
que juegan a los dados con nosotros.
Porque somos la luz de un astro, a solas,
navegando sin rumbo ni regreso.
Porque estamos, por fin, al otro lado
del amor, de la vida y de la muerte.

CINE DE BARRIO

MUCHAS gracias, muñeca, por lo nuestro.
Por tus manos abriéndome la puerta
cuando aquello empezaba, y parecía
tan cierto como falsa tu palabra.
Te agradezco el calor de tu mirada
abrigándome al frío de la calle.
El silencio redondo de tu boca
bebiéndote la copa de mi pena.
La manera de hacerte imprescindible
si anochece y la lluvia se presenta.
Tu forzada postura, al desnudarte,
procurando guardar las apariencias.
Te confieso que ya olvidé tu nombre,
pero no la medida de tu pecho
ni el aroma otoñal que te enmarcaba.
Si tu amor fue una nube de verano,
la breve sacudida de un seísmo,
esa ola feroz, vertiginosa,
que se traga, voraz, un arrecife.
Si tu amor fue la historia de un naufragio,
el disparo final de una batalla,
cumplió su cometido. Tú no puedes
dejar de ser quien eres sin morirte.
Por eso, lo repito, muchas gracias,
muñeca, por llevarme al paraíso
y perderte a la vuelta de una esquina.
Muchas gracias, muñeca. Muchas gracias.

AHORA

AHORA y en la hora del último respiro,
cuando el aire se atora en la garganta
y el corazón avisa, apagando sus luces,
que ya viene el silencio, apestillando
las puertas, las ventanas que se abrían
al clamor de la vida,
no quiero que me asistan.

Por favor,
no me vengan con un vaso de agua,
una cruz o un pañuelo,
una voz, o una mano. No molesten.
Les ruego que me dejen solo a solas,
con el sueño que empieza y no despierta,
con la luz que buscamos, a tientas,
y no se encuentra porque ya es de noche.
No me ayuden a pasar la frontera.
Ya sabré cómo hacerlo yo a mi modo.
No necesito a nadie. Mejor me olvidan.
Quien me quiera, que no espere
al último momento. Dígamelo ahora.
Y actúe sin excusas ni remilgos.
Muy pronto será tarde. Dése prisa.
No lo dejen para nunca, si me quieren.

EL AMOR SE EVAPORA

EL amor se evapora
con el fragor de los cuerpos,
asciende y se distancia
como el humo de un fuego
que ardiera en otro bosque.

No lo sientes volarse
de tus manos,
pero deja en la memoria
las huellas de su fuga,
la estrella de una fría
quemadura por dentro.

Porque el amor se aleja de nosotros
con los días que pasan
y las noches que llegan,
arrasando la vida,
desmoronando el mundo.

El amor verdadero
es así de canalla:
se va, nos aniquila.

Pero merece la pena sufrirlo.
Si es contigo.

DIARIO DE A BORDO

HOY navego a favor de la memoria.
Me adentro en la alta mar de los recuerdos.
Tengo a mano palabras que me anuncian
la dirección del viento, el previsible
naufragio, esta noche, del “Titanic”.
Navegamos, tú y yo y a la deriva,
pasajeros a bordo de un navío
borrado del paisaje por la niebla.
Sabemos que la tierra está lejana,
que abundan, por aquí, los tiburones,
y aviadores suicidas japoneses,
acaso submarinos alemanes.
Pero la nave va. Y es nuestro mundo.
Nuestra casa con vistas a la vida.
El sofá, donde a veces me despeinas.
La foto que nos mira de reojo.
Y el aire compartido. Y la penumbra.
Navegamos sin rumbo. Y algún día
llegaremos al puerto aquel. Ya sabes.
Por lo pronto viajamos, que no es poco,
cruzando la espesura de los sueños,
flotando al vaivén de la memoria,
a merced de las olas, de los vientos,
del azar que nos marca el derrotero.
La sirena de otro barco nos grita
que no somos los únicos. Peligro.
Podríamos chocar contra la muerte.
Recuerda la tragedia del “Titanic”.

PORQUE TODO ESTÁ DICHO

PORQUE todo está dicho. Hablado y escrito.
No sufras, si vuelves a decir y escribir,
cada día, lo mismo de siempre.
En las paredes del tiempo,
la arena de las playas,
por las páginas del aire,
sobre el papel o la piedra,
permanecen, indelebles, las palabras,
transparentes, volátiles, ardientes,
congeladas, de aquellos
primeros pobladores del mundo
que inauguran el paisaje de los dinosaurios.
Palabras para el amor y la guerra.
Para la vida y la muerte. El dolor y la alegría.
Para abrir una puerta. Sostener una esperanza.
Enterrar una historia. Negar la evidencia.
Procurar un alivio. Dedicar un retrato.
Palabras para sellar un pacto de sangre.
Cumplir una traición. Disparar un maleficio.
Palabras para dormir a un niño.
Enamorar a una viuda. Matar a un hombre.
Para encontrarnos y despedirnos.
Para conversar con los ángeles
y espantar a los demonios. Palabras.
Palabras dulces, ásperas, oscuras, luminosas,
duras y tiernas, mayúsculas, vacías.
Palabras que hieren, empujan, acarician,
paralizan, alegran o entristecen, vivifican,

acompañan, alumbran, explican, amortajan.
Ya todo está dicho. Y escrito.
Alguien, otro, cualquiera lo viene repitiendo
a través del tiempo. Desde la primera boca
que articuló un sonido, pronunció un vocablo,
manifestó un sentimiento, mintió por amor.
No te empeñes, ni sufras, tratando de decir
o escribir algo que no sea
lo que ya está dicho, y escrito,
por nuestros antepasados. Uno por uno. Todos.
Sólo la música, la melodía de lo que sientes,
si lo piensas, podría ser distinta. Nueva y tuya.
Pero es difícil conseguirla. Procúralo.
Aunque vuelvas a decir y escribir lo mismo
de siempre. Es el oficio del poeta.
La impotencia del hombre. La condena de los dioses.
El desastre del mundo.

OBJETOS DISPERSOS

UN libro. La lámpara. El bolígrafo.
La ventana. El espejo. Los relojes.
Una llave. El mechero. Cualquier cosa
de todo lo que pasa por mis manos,
huelo, escucho, contemplo, saboreo,
constituye el ajuar de mis costumbres.
La camisa. El sombrero. Los zapatos.
Lo más mínimo: un botón que no abrocha.
El periódico de ayer. Mi retrato
donde el tiempo, parado, languidece
regresando al principio de esta historia;
mientras pasa la vida, como un aire
que nunca se entretuvo en las cortinas.
Cuando noto que vivo. Que respiro.
Que me duele algún nombre todavía.
Que no he dicho mi última palabra.
Lo que, en fin, determina mi presencia,
esta tarde, cruzando el escenario
de la casa que habito, por refugio,
donde, inerme, defiendo lo que amo,
los objetos más ínfimos y oscuros:
el cigarro, una llave, cualquier cosa.
Lo que quede a salvo del desastre.
Lo que yo me deje para el olvido.
Lo que, siendo mío, me sobreviva
proclamando lo poco que valdremos
cuando alguien se encuentre nuestras gafas
y no sepa el color de aquellos ojos
que fueron mis ventanas a la vida,
mis pasos por la anchura de este mundo,
los faros que alumbraron mi camino.

19 DE OCTUBRE DE 1938

TAN fácil como empuñar un arma
y apretar el gatillo, sin reparos,
apuntando a la altura de la vida.
Ocurre de manera repentina,
como un golpe de viento en los almendros
o el silencio que sella una tormenta.
Nadie sabe, tal vez, lo que sucede
cuando suenan, volando, los disparos
y en las tapias florecen agujeros.
Era un hombre y vivía. Su delito
fue nacer para ser libre y ganarse
la vida dignamente, y compartirla
con su gente a lo largo de los años.
Pero dios, o quien sea el que nos lleva
de la mano, y a ciegas, por el mundo,
se complace matando a sus criaturas.
No consiente que un hombre bueno viva
con los suyos, amándose, felices,
habitando una casa donde juegan
los niños, salta un gato y huele a sopa.
Demasiado, ya digo, para el jefe
que se aburre y bosteza en su despacho.
Y organiza otra guerra fratricida,
porque así se entretiene y nos castiga.
Lo demás es tan fácil como fiero:
la silueta de un hombre contra el muro.
La pistola que empuña un asesino.
Y una estrella de fuego, acristalada,
que atraviesa, fugaz, el firmamento.

SALIR

SALIR temprano a la calle.
Cuando el mar todavía permanece
dormido y a oscuras.
Saludar al vecino que regresa
de la playa con su perro.
Saber que estamos vivos
por el momento,
para echarle una mano,
si le hace falta,
a todo el que nos quiera.
Sonreír, silbar una copla,
fumarnos un cigarro,
sabiendo que nos mata,
asomarnos al periódico de hoy
por si cambiara el tiempo.
El café, largo, con leche
y sin azúcar.
Siendo jueves, lo mismo
pudo ser lunes y anocheciendo.
Regresar a mi casa, cuando el mar
ya está despierto, se ha levantado,
va por la orilla
dibujando el horizonte.
Mientras cruzo la calle
hacia tus manos.
Allí donde tengo el espacio
a la medida de mis sueños.

RECADO PARA MI PADRE CUANDO CUMPLÍ 75 AÑOS

YA te doblo la edad. Son tantos años
los que tengo cumplidos sin tenerte,
cuando ajusto las cuentas de tu muerte
a la luz de mis muchos desengaños.

Yo no puedo explicarme todavía
cómo soy el que fui sin tu presencia,
sin tu mano, enseñándome la ciencia
de vivir con decoro y alegría.

Las balas que aquel día te mataron
me abatieron a mi, también, contigo.
Y por eso a mis años no consigo
aprenderme el papel que me asignaron:

El de un niño que muere el mismo día
que su padre. Y que vive todavía.

RECADO PARA LA ÚLTIMA NOVIA
DE JAVIER EGEA

ESTA tarde no viene. Ya lo sabes.
Se entretiene cargando la escopeta,
por si pasan volando, y no son aves,
los sueños que el doctor no le receta.

Hoy te quedas a solas. Pon las llaves
donde pueda encontrarlas, si le aprieta
la gana de buscar, por fin, las claves
de los versos que anota en su libreta.

Ponle a mano las gafas. La bebida
que ahora suele tomar, y no le gusta.
El aire respirable. La medida

de corazón que te parezca justa.
Y procura engancharmelo a la vida.
Me ha dicho que la muerte no le asusta.

INTERIOR Y PENUMBRA

CON un libro en las manos. Reclinada
sobre el rojo cojín de terciopelo.
La tarde en la ventana, despintada.
Las nubes al galope, por el cielo.

Te recuerdo aquel día. La cascada
caudalosa y oscura de tu pelo.
La magnolia de nieve, dibujada,
perfumando la seda de un pañuelo.

Soñolienta, la tarde oscurecía
en el líquido azul de los espejos.
Lo recuerdo. Y es cierto todavía.

Tú conmigo. Y a solas. Y muy lejos.
Y en tus manos un libro de poesía.
Lo demás se perdió. Papeles viejos.

“Le chats-huants s`èveillent”

Paul Verlaine

«ET sa main, à ce point petite»
que tan solo se ve por las sortijas,
al vaivén de su brillo, cuando roza
y endereza el despegue de la espiga
arraigada a la tierra; donde nadie
sembró, nunca, el amor de una semilla.
Su mano, tan pequeña y transparente
que se pierde, del aire a la palabra,
como estalla un silencio repentino,
nos alcanza una brisa azucarada,
parpadea el ojo de una estrella
mirándonos por dentro de lo oscuro.
Me refiero a su mano, que es la tuya,
irradiando relámpagos y estruendo:
la tormenta que esta misma mañana
anunciaban tus nubes por la espalda,
tu insufrible dolor, porque vivimos,
tu mucho corazón despendolado.
Y la insomne viudez que te acompaña
revistiendo de luto tu alegría.
Tu mano, que es la suya siendo nuestra;
la de aquella que inventa el fuego vivo
a partir de la nieve endurecida,
el vuelo de los ángeles cautivos,
la mojada dulzura de las frutas,
el llanto de la lluvia en los jardines.
Y el ritmo acompasado, imprevisible,

de un verso endecasílabo y primero.
Tu mano milagrosa, que convierte
mi sangre adormilada, y desteñida,
en un campo encendido de amapolas,
una lumbré de astros derretidos,
un pájaro perdido en alta mar.
O el latido cardiaco de los trenes
que atraviesan la noche y descarrilan.
Tu mano, ensortijada de recuerdos,
luminarias y cromos para niñas
que no quieran llegar a ser mujeres.
Tu mano, territorio de mi tiempo,
donde a veces me pierdo y no me encuentro,
donde busco, a tientas, la salida
hacia el mundo infinito de tu mano.
Tan pequeña, suave, transparente.

DE RECLUSIÓN MAYOR

NADIE. Por favor,
Que no venga nadie.
Que nadie me llame ni me rememore.
Que nadie me quiera fuera de plazo,
ni me mande una carta manuscrita
contándome lo mucho que sufre.
Yo no espero que nadie me asista,
me aproxime una mano, me comprenda,
descifre mi palabra, enderece mi rumbo,
me afine el corazón al compás de sus diapasones.
No conozco a nadie que hable mi idioma,
que acierte a encontrarme donde resido,
que apague la luz cuando amanece
y ya cantan los pájaros.
Estoy solo y tan sólo me alivia
mi propia soledad, conmigo mismo,
calándome como una lluvia lejana.
No hay dios ni medicina que me ayude a respirar,
si me falta el aire de los mares,
si pierdo la memoria,
si olvido el rostro de mi madre,
los dedos de una novia. La voz que ya no tengo
para decirlo lo que otros me atribuyen,
o esperan de mí, sin conocerme.
No molesten. Vuelvan mañana. Se lo agradezco.
Estoy tan confortablemente solo
que a nadie necesito. Nada me importa;
ni siquiera el perfil de otros tiempos felices.

Vuelvan mañana. Perdonen si no salgo a recibirles.
Déjenme a solas, con lo que me quede de vida,
de camino, de sueños, de futuro. Que no estoy para nadie.
Vuelvan mañana. Por favor. Vuelvan mañana.

6 TANKAS

(Al modo borgiano)

SALÍ a buscarte
por los altos jardines
de la memoria.
Pero tú ya no estabas
donde yo te quería.

MIRO a lo alto:
las estrellas fugaces
trazan mi rumbo.
Por alta mar, contigo,
navego a la deriva.

POR estos montes
se cazaron a tiros
los bandoleros.
Sus difuntas mujeres
los siguen esperando.

POR la ventana
nos entraba el estruendo
del oleaje.
Y era como si el mar
durmiera con nosotros.

LLAMÉ a su puerta;
alguien, que no era ella,
salió a la calle.
Continuaré llamando
por si volviera.

SÓLO quien ama
puede parar el tiempo
y eternizarlo.
Yo vivo para siempre
cada vez que te nombro.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada,
el 1 de febrero del año 2005,
Festividad de San Cecilio,
Patrón de Granada
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. Don Pedro Enríquez,
Bibliotecario de la Academia.

Granada
MMV